

¿Quién es Don Quijote?

Por Manuel ALCALÁ

A perogrullada suena, así, de buenas a primeras, el hacerse tal pregunta. ¿No tenemos acaso, al alcance de la mano, su historia? Ella es *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* cuyo autor, Miguel de Cervantes Saavedra, da a la estampa en Madrid la primera parte en 1605 —un año después que en México Melchor Ocharte le imprime a Bernardo de Balbuena su *Grandeza Mexicana*— y la segunda en 1615.

Y, quien más quien menos, todos nos hemos asomado a sus páginas. Más: el personaje —algo o muy cambiado— nos ha visitado en la pantalla de los cines, en las tiras cómicas de un periódico, en las viñetas de unas cajas de cerillas, en las estampitas que envuelven —con su papel plateado— cierta marca de chocolates; en la paz y la frescura de este mismo bosque y —a unos pasos de aquí— en los azulejos de la fuente que lleva su nombre.

Las primeras líneas de su historia nos lo presentan con trazos que no olvidamos una vez leídos. Recordémoslos, con todo, y por si acaso:

“En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lantejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto della concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mismo, y los días de entresemana se honraba con su vellorí de lo más fino. Tenía en su casa una ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años; era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijada, o Quesada, que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben; aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quejana. Pero esto importa poco a nuestro cuento; basta que en la narración dél no se salga un punto de la verdad.”

Hasta aquí Cervantes, y perdón por lo largo de la cita.

Luego, la narración nos cuenta cómo vino a perder el juicio —por atiborrarse de lecturas de libros de caballerías—, cómo salió a arreglar las cosas del mundo y a hacer el bien, primero solo, y dos veces después con su inseparable Sancho Panza; cómo para ello recorre sus tierras manchegas y otras, pues va a dar hasta Barcelona; qué aventuras inolvidables le suceden en esas salidas, enamorado y pensando siempre en su constante ideal, Dulcinea; sus combates con los molinos de viento, los carneros, o los cueros de vino; sus fracasos al libertar a Andrés, o a los galeotes; sus humillaciones con la “atrevida, graciosa y desenvuelta Altisidora”; su bajada a la cueva de Montesinos y las maravillas que ahí ve; su viaje en el barco encantado, o —precursor de los sputniks— por los espacios estelares y a lomo de Clavileño; su estancia en el palacio de los Duques, donde queda solo pues Sancho se va de Gobernador a la Ínsula Barataria; su visita a Barcelona, su derrota cerca de ella por su amigo —¿amigo?— el Bachiller Sansón Carrasco, disfrazado de Caballero de la Blanca Luna; su regreso a su pueblo; su última veleidad de hacerse pastor y su ejemplar muerte, recobrado ya el juicio:

“Señores —dijo don Quijote—, vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño. Yo fui loco, y ya soy cuerdo: fui don Quijote de la Mancha, y soy ahora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno.”

La narración nos lo trae a la vida entre el bullir de los setecientos y pico de personajes de la obra que nos ofrecen todo un mundo variado y actual siempre: pícaros, prostitutas, venteros y estudiantes; estirados señores y simples campesinos; médicos, abogados, funcionarios; curas y barberos, damas y galanes...

Y todo ello en el corto espacio que va de su primera salida un amanecer de un caluroso día de julio, al regreso a su aldea “vencido de los brazos ajenos” —dice de él Sancho, quiñotizado ya— pero “vencedor de sí mismo”.

De su nacimiento, infancia y juventud; de sus padres, linaje y abolengo, nada sabemos, como nos recuerda Unamuno —otro de sus biógrafos. Pero lo que sabemos por Cervantes más que

suficiente es para tratar de responder a la pregunta ¿quién es Don Quijote?

La aparente perogrullada que, apuntaba yo al comenzar, parecía implicar tal pregunta, deja de serlo al enfocar a Don Quijote en su vida real. Y es tan real como la de Cervantes mismo. Don Quijote, pues, como todo ser real, no es uno sino varios. En efecto, Unamuno nos recuerda aquella ingeniosísima teoría del escritor norteamericano Oliver Wendell Holmes sobre los tres Juanes y los tres Tomasos. Ello es que “cuando conversan dos, Juan y Tomás, hay seis en conversación, que son: tres Juanes y tres Tomasos”.

“Tres Juanes: 1. El Juan real; conocido sólo para su hacedor.
2. El Juan ideal de Juan, nunca el real, y a menudo muy desemejante de él.
3. El Juan ideal de Tomás; nunca el Juan real ni el Juan de Juan, sino a menudo muy desemejante de ambos.

Tres Tomasos: 1. El Tomás real.
2. El Tomás ideal de Tomás.
3. El Tomás ideal de Juan.”

Con ello vislumbramos la pluralidad de Quijotes.

Hay, desde luego, el Quijote real, conocido sólo para su hacedor. Pero como en este caso su hacedor es un hombre como nosotros, resulta que con frecuencia —y veremos algún ejemplo concreto— la realidad de su criatura escapa a su creador.

Luego viene el Quijote ideal del propio Quijote, y aquí la cosa se complica más. Pero donde ello llega al colmo es en el tercer caso: el del Juan ideal de Tomás. Vale decir, de Don Quijote ideal de cada uno de nosotros los aquí reunidos, de cada lector del Quijote, de cada crítico del Quijote.

¿Quién es, pues —entre todos ellos— Don Quijote?

Creo que, modestamente y para no extraviarnos, precisa contraernos al Quijote de su hacedor, al Quijote de Cervantes. Cíñámonos, para ello, a tratar de responder a cinco preguntas. ¿Dónde nace Don Quijote? ¿Por qué nace Don Quijote? ¿Cómo nace Don Quijote? ¿Por qué se llama Don Quijote? ¿Cómo se hace Don Quijote?

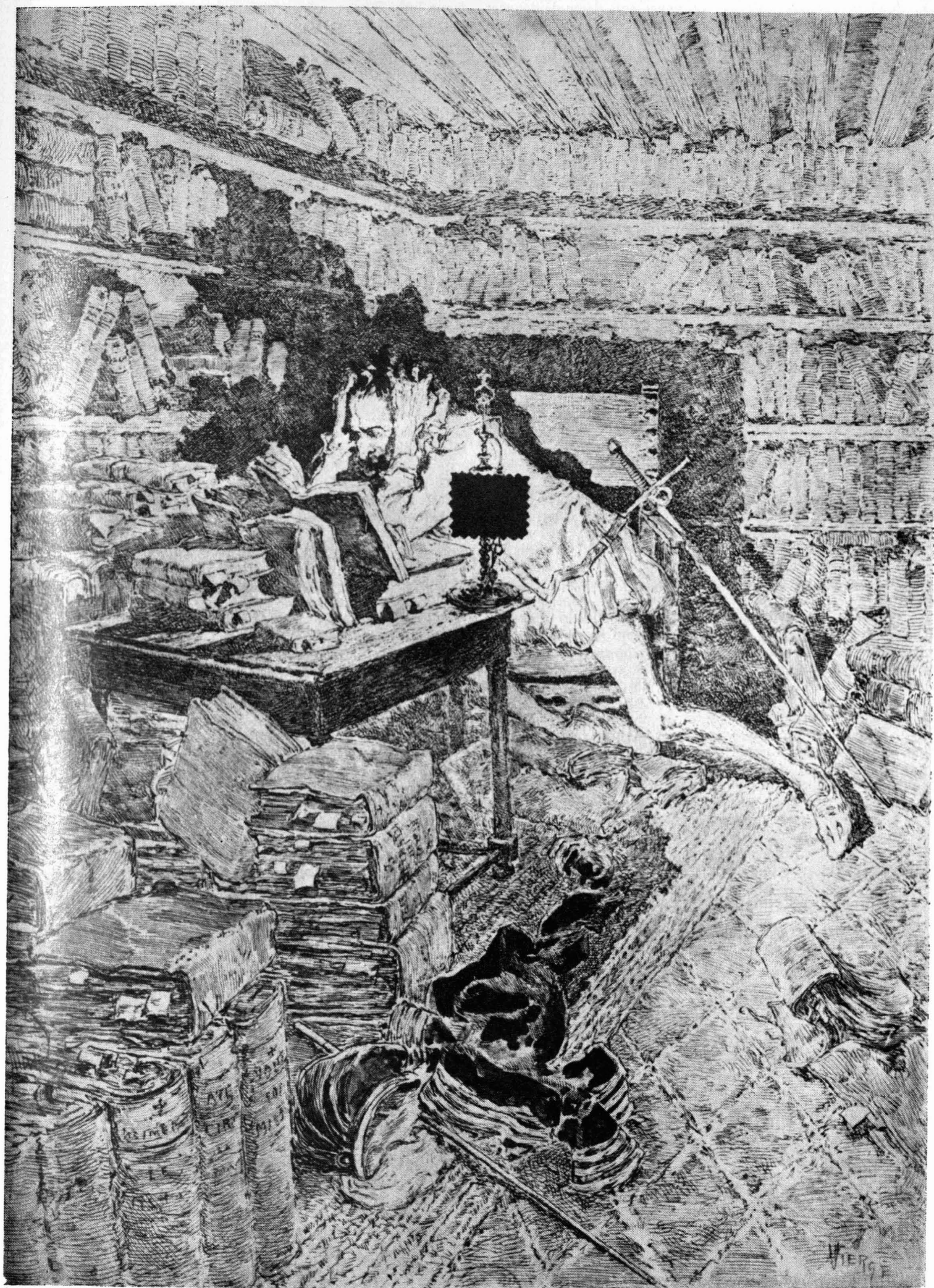
1) Desde luego antes de nacer, tan real como cualquiera de nosotros, en algún lugar de la Mancha, Don Quijote nace en la mente de su creador. Y él nos puntualiza que el sitio fue una cárcel, “donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación”.

Cervantes estuvo por lo menos tres veces en la cárcel: una en Castro del Río en 1592 y dos en Sevilla, en 1597 y en 1601 o 1602. Ello sin contar su legendario encarcelamiento en Argamasilla de Alba que nos valió en 1863 la preciosa edición del Quijote impresa en el sitio mismo de la supuesta prisión. Dejemos a los eruditos disputar en cuál de esas cárceles —y ello si hay que tomar al pie de la letra la declaración cervantina— se engendró Don Quijote. Retengamos sólo que se engendró en una prisión.

2) ¿Por qué nace Don Quijote? Cervantes también aquí es muy explícito. Dos son los motivos que traen al mundo a su héroe: divertir y destruir las malas lecturas —esas pobres y constantes malas lecturas que, en el caso, eran los libros de caballerías. Se hace decir, en efecto, en el prólogo, por boca de un su amigo:

“...Y, pues, vuestra escritura no mira a más que a deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías.” Y más adelante añade: “Procurad también que, leyendo vuestra historia, el melancólico se mueva a risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla. En efecto, llevad la mira puesta a derribar la máquina mal fundada destos caballerescos libros, aborrecidos de tantos y alabados de muchos más...”

Cabría señalar un tercer motivo de por qué nace. El que al escribir su historia, Cervantes escribe para todo hispanohablante el libro del idioma, el libro de la difusión del idioma. (¿No uno de los nombres que damos a nuestra lengua materna es



"Don Quijote, como todo ser real, no es uno, sino varios"

—Daniel Vierge

el de "lengua de Cervantes"? Lo da a entender, entre burlas y veras, en las palabras de la Dedicatoria al Conde de Lemos de la Segunda Parte del Quijote. Ahí nos cuenta cómo el grande emperador de la China, con vehemente deseo de conocer esa Segunda Parte le escribió una carta en lengua chinesca "pidiéndome —dice Cervantes— o, por mejor decir, suplicándome se le enviase, porque quería fundar un colegio donde se leyese [se enseñase, diríamos hoy] la lengua castellana, y quería que el libro que se leyese fuese el de la historia de Don Quijote. Juntamente con esto me decía que fuese yo a ser el rector del tal colegio."

Vayamos pasito y detengámonos un poco en lo de que una de las causas por las que nace Don Quijote es para derribar los libros de caballería. Bien es cierto que por ello Lord Byron, en el canto XII de su *Don Juan*, acusó al Quijote de haber destruido el ideal caballeresco. Nada más falso: unos son los mentados libros y otro tal espíritu que en Don Quijote se acendra, y que en su esencia invocan en 1905 los sonoros versos de la *Letanía de Nuestro Señor Don Quijote* de Rubén Darío.

Pero, ¿qué eran tales libros? ¿Merecían la ojeriza de Cervantes? Eran, digámoslo con muy poco respeto para ellos, los Paquines, Flash Gordon y Superman de la época. Eran lectura y pasto de todos. Santa Teresa, en el capítulo II de su *Vida* nos cuenta que su madre "era aficionada a libros de caballerías, y no tan mal tomaba ese pasatiempo, como yo le tomé para mí". Y San Ignacio mismo, ¿no veló sus armas, como lo haría después el propio don Quijote y por idéntico motivo? Oigamos lo que el capítulo 17 de su autobiografía dice: "Y como tenía todo el entendimiento lleno de aquellas cosas, Amadís de Gaula, y de semejantes libros, veníanle algunas cosas al pensamiento semejantes a aquéllas, y así se determinó de velar sus armas toda una noche, sin sentarse ni acostarse, mas a ratos en pie y a ratos de rodillas, delante el altar de Nuestra Señora de Montserrat, adonde tenía determinado dejar sus vestidos y vestirse las armas de Cristo".

La influencia del capítulo 52 del libro IV del Amadís es sorprendente. Se lee, en efecto: "Armado Esplandián como oís, entraron en la capilla cuatro doncellas, cada una con un guarnimento de caballero de unas armas tan blancas y tan claras como la luna, orladas e guarnidas de muchas piedras preciosas con unas cruces negras, e cada una dellas armó uno de aquellos donceles, e teniendo a Esplandián en medio, hincados de rodillas delante del altar de la Virgen María velaron las armas, así como era en aquel tiempo costumbre. Todos tenían las manos y las cabezas desarmadas, y Esplandián estaba entre ellos tan fermoso, que su rostro resplandecía como los rayos del sol, tanto, que hacía mucho maravillar a todos aquellos que le veían fincado de hinojos con mucha devoción e grande homildad, rogándola que fuese su abogada con el su glorioso Hijo, que le ayudase y enderezase en tal manera, que siendo su servicio, pudiese complir con aquella tan gran honra que tomaba, y le diese gracia por la su infinita bondad cómo por él antes que por otro alguno el rey Lisuarte, si vivo era, en su honra e reino restituído fuese. Así estovo toda la noche, sin que en cosa alguna fablase, sino en estas tales rogarias y en otras muchas oraciones, considerando que ninguna fuerza ni valentía, por grande que fuese, tenía más facultad de la que allí otorgada le fuese."

Y ya que al Amadís mencioné ¿no lo traían los conquistadores a flor de labio ante las maravillas mexicanas que deslumbrados contemplaban? Así, Bernal Díaz lo menciona en dos ocasiones. En el capítulo 87 de su *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España* leemos: "Y desde vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha y por nivel cómo iba a México, nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís..." Y en el capítulo 151, para disculparse de lo prolijo de su narración y del gran número de combates frente a Tenochtitlán dice: "...y no los pongo por capítulos de los que cada día hacíamos porque me pareció que era gran prolijidad, y era cosa para nunca acabar, y parecería a los libros de Amadís o Caballerías..."

De la fantasía de otro de esos libros, *Las sergas de Esplandián* en su capítulo 157, sale la realidad de un nombre geográfico de estas nuevas tierras: California.

Y ¿qué del "impacto", como por ahí se dice por males de nuestros pecados, de esas lecturas de paquines —perdón, de libros de caballerías— en la vida diaria? Las críticas menudean. Retengamos sólo la ironía de Pierre de Brantôme, escritor francés que visita España en la segunda mitad del siglo XVI. En el discurso séptimo de su *Las damas galantes*, dice nuestro abad y señor de Brantôme: "Je voudrais avoir autant de centaines d'écus comme il y a eu de filles, tant de monde que des

religieuses, qui se sont jadis émues, polluées, et dépuclées par la lecture des *Amadis de Gaule*." Lo que en nuestro romance viene a decir que quería tener tantos centenares de escudos como hubo mozas, así en el mundo como en el convento, que antaño se conmovieron, mancharon y perdieron su doncellez por la lectura de los *Amadises de Gaula*.

Don Quijote, huelga decirlo, no salió tampoco inmune de tales lecturas. Recuerden que le ocupaban "los ratos que estaba ocioso — que eran los más del año"; que "vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en qué leer...", y que "se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio".

3) Y esto nos trae como de la mano a nuestra tercera pregunta: ¿Cómo nace Don Quijote?

Sería de esperar que si el Quijote se escribe —lo acabamos de dejar de manifiesto— para deshacer esa caterva de libros de caballería, y si es su enfrascada lectura la que le hace perder el juicio, naciera Don Quijote de esos propios libros. Pues no hay tal.

El cómo nacen y crecen los hijos es siempre una sorpresa para los padres, si los hijos tienen —como deben tener— su propia personalidad no se la acapara la del padre o la madre.

Así con Don Quijote que desconcierta a su progenitor literario.

En efecto, Don Quijote nace como una novela ejemplar. Ello es, una novela corta: tal vez su extensión no pasaría de los nueve primeros capítulos. Originalmente, la primera parte de 1605 venía dividida en cuatro partes. Cuando empieza a escribirla, no sospechaba Cervantes cómo crecería su Don Quijote. Como el padre no tiene la menor idea de lo que será su hijo al verle dar los primeros pasos.

Y sus primeros pasos —los cinco primeros capítulos— los da, como todo primer paso, trastabillando. A tropicónes va, pues, por ellos Don Quijote, trastornado —¡oh sorpresa!— no por los libros de caballerías como era de esperar. Son romances —esos hermanos mayores de nuestros corridos— los que lo traen al retortero.

En efecto, en esos cinco capítulos que narran su primera salida solo, Don Quijote no es aún Don Quijote. Ya se cree ser Valdovinos, ya el cautivo Abencerraje, ya el Marqués de Mantua. Y nos endilga una retahíla de citas de romances. ¿Por qué?

Porque, ya lo dije, la realidad de su criatura se le escapa, al principio, a Cervantes. Éste le hace nacer a la sombra del *Entremés de los Romances*. Escrito hacia 1597, supone Menéndez Pidal, quiere burlarse de la excesiva difusión del Romancero. Nos presenta a un pobre labrador, Bartolo, que, de tanto "leer en el Romancero" viene a perder el juicio, como Don Quijote de tanto leer los libros de Caballerías, y se empeña en imitar ridículamente a los caballeros de los romances. Los paralelismos abundan, además de los ya indicados de creerse Don Quijote personaje de Romances, como Bartolo. Por ello ambos, después de haber caído del caballo y ser apaleados con su propia lanza, se lamentan con los mismos versos.

Vuelve el molido Don Quijote a casa de la misma manera que el apaleado Bartolo — sobre un borrico. En sus respectivas casas los ponen en la cama y se quedan dormidos. Mientras Don Quijote duerme, el cura y el barbero harán el donoso escrutinio de los libros del hidalgo manchego. Ese examen literario del capítulo VI y la entrada de Sancho en el siguiente dan un nuevo sesgo a la novela. Desde ese momento Cervantes se olvida del *Entremés* y no cita romances Don Quijote a troche y moche, a pesar de que era costumbre muy de la época. (Recuerden a nuestro Bernal Díaz otra vez.)

Y desde ese punto la personalidad de Don Quijote empieza a perfilarse; aunque en lo que al estilo toca, los dos siguientes capítulos sean todavía de caminar a tienta, parodiando el de los libros de caballerías. Pero si seguimos así vamos ya a contestar la última pregunta de cómo se hace Don Quijote.

4) No anticipemos, pues, y antes consideremos la cuarta sobre por qué Don Quijote se llama como se llama.

Cervantes nos dice —lo hemos recordado al principio— que su personaje tenía el sobrenombre de Quijada o Quesada. El propio hidalgo, en su lecho de muerte, dice ser Alonso Quijano el Bueno. Pero con ninguno de esos tres nombres se lanza a deshacer entuertos y conquistar la fama. Después de haber hallado nombre para su caballo —Rocinante— "quiso ponérsele a sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho días" —nos dice Cervantes. "Y al cabo se vino a llamar Don Quijote."

Gran acierto el de ese nombre, y procedimiento típico de la ironía cervantina. ¡Ese "Rey de los hidalgos, señor de los



—Houghton
“reclama para sí a la vez la existencia real y la literaria”

tristes”, ese “noble peregrino de los peregrinos”, ese “Caballero errante de los caballeros”, como le llama la letanía rubendariana, venir a parar en Quijote! Con lo ridículo que nos suena el sufijo *-ote*: monigote, estricote, cogote, azote, pipote... Con lo insignificante que es un quijote.

“Quixotes e cañilleras de santo sacramento” escribe el jovial Arcipreste de Hita en su *Libro de Buen Amor* (1593a.). Esto es pantorrilleras y “musleras”, que ya en 1611 Covarrubias definía “*Quixotes*, en el arnés las piezas que cubren los muslos, quasi cuxotes, de cuxa en italiano, que vale el muslo, y del latino coxa”.

Que sin variar casi lo ha recogido la Academia en la decimotava edición de su diccionario, de 1956: “*Quijote*, pieza del arnés destinada a cubrir el muslo.”

Acierto, además, pues mantiene la raíz del apellido Quijada o Quijano.

Finalmente, hubo contemporáneos de Cervantes que así se llamaron. Luis Astrana Marín ha descubierto partidas de defunción de 1595 y de 1605 que hablan, respectivamente, de Pedro Quijote, soltero, hijo de Pedro Quijote el viejo, y de un Antón Quijote.

Que, después de todo, si el Perú tuvo sus Gregorio y Victoriano y José Miguel LANZA, ¿por qué no habían de tener Santiuste y San Miguel sus Antón y Pedro Quijote?

Modestos quijotes, con todo, ellos y los más modestos de las “musleras” que han florecido en nuestro señor Don Quijote, y en quijotería, y en quijotil, y en quijotismo, y en quijotada, y en quijotesicamente.

Palabras todas ellas cuya existencia supone una plenitud quijotesca.

5) ¿Cómo, en efecto, a partir de unos vagos tanteos Don Quijote se hace Don Quijote? Puede el padre prever en los esfuerzos y ensayos del hijo cómo se hará hombre y médico o escritor o lo que habrá de llegar a ser?

Cervantes tampoco lo adivinó. Don Quijote se va haciendo Don Quijote paulatinamente ante el asombro de su padre, y a veces contra él.

Cuando Don Quijote llega a la plenitud de su ser es cuando, “vencedor de sí mismo” —en palabras de Sancho que ya he recordado— se encara, en paz con la realidad de la que ha querido huir, en la hora suprema de su muerte.

Largo y lento camino el de ese hacerse Quijote —que en el fondo, como quiere Madariaga, es un sanchificarse. Como el hacerse Sancho es un quijotizarse. Que amo y escudero se complementan como facetas de una misma persona. Don Quijote, al principio, vive en su mundo ideal de libros de caballerías. Las ventas son para él castillos, la pobre Maritornes, encantadora princesa, no necesita dineros para andar por esos mundos. Los molinos serán gigantes, los carneros ejércitos. Poco a poco todo va volviendo a su realidad y dejando la que Don Quijote quiere darle.

Es ello algo esencial cervantino. Una obra suya perdida se llamaba *El engaño a los ojos*, y nos habla de ella al final del

prólogo a las comedias. Américo Castro ha visto en ese título todo el símbolo de esa preocupación de Cervantes de cómo sea la realidad objetiva. El molino ¿es molino o es gigante? El momento clave, al respecto, lo hallamos en la aventura del yelmo de Mambrino. Don Quijote insiste en que el objeto que ha conquistado es dicho yelmo; Sancho porfía que es una bacia de barbero, y, finalmente zanja el “engaño a los ojos” diciendo que es un *baciyelmo*. Es decir, algo que puede ser bacia o yelmo, según lo deseemos.

Pero para que Sancho acepte eso es que ya está camino de su quijotización; de hablar pulido (lo que causará asombro al propio Quijote: “Muy filósofo estás, Sancho, muy a lo discreto hablas; no sé quién te lo enseña”... “Nunca te he oído hablar, Sancho, tan elegantemente como ahora; por donde vengo a conocer ser verdad el refrán que tú algunas veces sueles decir: ‘No con quien naces, sino con quien paces’”); de despreciar —quijotesicamente— la ganancia material; de aconsejar a su amo; de sentirse protagonista de la obra (“que también dicen que soy yo uno de los principales *personajes* della...”); de afanarse tras la gloria (“quiero decir que *nos* demos a ser santos y alcanzaremos más brevemente la buena fama que pretendemos”).

El cruce de las dos curvas lo tenemos en aquella aventura en que Sancho hace creer a su amo que la aldeana cerril, harta de ajos y tan diestra para montar a la jineta como el mejor charro mexicano es Dulcinea encantada.

Ya así las cosas, el maravilloso viaje de Clavileño deja casi indiferente a Don Quijote, mientras Sancho lo vive plenamente y lo adorna con imaginaciones de su cosecha. Tal aquélla al decir de la cual, bonita y pasitamente, se apeó de Clavileño, y se entretuvo con “las cabrillas, que son como unos alhelies y como unas flores...” Fantástico viaje en Clavileño que para Sancho, en vías de quijotizarse, es lo que la maravillosa bajada a la Cueva de Montesinos había sido para Don Quijote.

Pero en su historia, que es una obra de múltiples perspectivas, hay otra manera de hacerse Don Quijote que interesa en grado sumo. Es el irse haciendo Don Quijote con trozos de vida y de literatura, el ir adquiriendo conciencia de su propio ser dentro de la obra de arte.

Curioso que si Don Quijote nace —vimos— en parte a la sombra de una obrita insignificante, el *Entremés de los romances*, igualmente madura y crece a la sombra de otra obra en nada extraordinaria. Me refiero al falso Quijote de Alonso Fernández de Avellaneda — sea él quien fuere. El falso Quijote es de aquellas obras cuya inspiración actúa por contraste. La superioridad de la segunda parte del Quijote sobre la primera, no hay duda que se deba a Avellaneda en no poco.

Cervantes lleva ya escritos 58 capítulos del Segundo Quijote cuando le cae en las manos, impreso, el libro de Avellaneda. Desde ese momento, realidad vital y realidad literaria se entremezclan más y más. Don Quijote se transforma en el personaje que habla de sí mismo como tal personaje, que reclama para sí a la vez la existencia real y la literaria, y que exhibe el derecho a no ser tratado de cualquier manera. En una palabra, Don Quijote se ha hecho personaje autónomo por vez primera en la novela universal. ¡Qué trascendente es! Sin ello la novela moderna no existiría. Por ello se ha dicho, y con razón, que Don Quijote es el abuelo de Emma Bovary; de esa Madame Bovary sobre la que los asiduos a estas charlas oyeron hablar hace ocho días a Ramón Xirau.

Américo Castro apunta que a los personajes quijotescos, con conciencia de poseer como entes reales una vida plena, lo que les inquieta es conocer si el autor interpretó o no exactamente sus realidades respectivas.

Aunque, a decir verdad, ello no se inventa por la reacción contra Avellaneda — si bien éste lo intensifica.

Así desde el comienzo del Segundo Quijote vemos esas interferencias de la vida real y la literaria. Hacia el final del capítulo segundo dice Sancho a su amo: “Añoche llegó el hijo de Bartolomé Carrasco, que viene de estudiar de Salamanca, hecho bachiller, y yéndole yo a dar la bienvenida, me dijo que andaba ya en libros la historia de vuesa merced, con el nombre de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*; y dice que me mientan a mí en ella con mi mismo nombre de Sancho Panza, y a la señora Dulcinea del Toboso, con otras cosas que pasamos nosotros a solas, que me hice cruces de espantado cómo las pudo saber el historiador que las escribió.”

Aquí Don Quijote y Sancho se topan con la realidad del libro cervantino. Pero en el capítulo 59, al caerle a Cervantes en las manos el libro de Avellaneda, lo pone de inmediato en las del propio Don Quijote. Está cenando éste con Sancho en una venta y en su habitación, y de la vecina, separada sólo

por un delgado tabique, les vienen voces de otros viajeros que comentan la segunda parte de Don Quijote de la Mancha (la de Avellaneda, claro). A las airadas voces que da Don Quijote al oír difamar su verdadera historia, se entran por la puerta los dos caballeros de marras; abraza uno de ellos a Don Quijote y le pone en las manos el libro de Avellaneda. Don Quijote se pone a hojearlo y a venir por los fueros de su verdadera historia.

Pero hay un pasaje excepcional, donde todo ello culmina al toparse amo y escudero con un personaje del libro de Avellaneda que pasa al del Quijote Cervantino. Algo largo es dicho pasaje, pero, con la venia de ustedes, vale la pena leerlo para terminar y ver en él cómo ha crecido Don Quijote en vida propia y autónoma desde que lo dejamos al principio de la charla en la larga cita de cómo era al empezar Cervantes su historia.

Dicho pasaje está en el capítulo 72 — el antepenúltimo de la obra. Que en el último, Don Quijote suplica en su testamento a sus albaceas que si llegan a conocer al autor del falso Quijote, de su parte pidan “le perdone la ocasión que sin él pensarlo le dio de haber escrito tantos y tan grandes disparates”.

Pero oigamos el pasaje del antepenúltimo capítulo:

“Todo aquel día, esperando la noche, estuvieron en aquel lugar y mesón Don Quijote y Sancho; el uno, para acabar en la campaña rasa la tanda de su disciplina, y el otro, para ver el fin della, en el cual consistía el de su deseo. Llegó en esto al mesón un caminante a caballo, con tres o cuatro criados, uno de los cuales dijo al que el señor dellos parecía:

—Aquí puede vuesa merced, señor don Álvaro Tarfe, pasar hoy la siesta: la posada parece limpia y fresca.

Oyendo esto Don Quijote, le dijo a Sancho:

—Mira, Sancho: cuando yo hojeé aquel libro de la segunda parte de mi historia, me parece que de pasada topé allí este nombre de don Álvaro Tarfe.

—Bien podrá ser —respondió Sancho—. Dejémosle apear; que después se lo preguntaremos.

El caballero se apeó, y frontero del aposento de Don Quijote la huésped le dio una sala baja, enjaezada con otras pintadas sargas, como las que tenía la estancia de Don Quijote. Púsose el recién venido caballero a lo de verano, y saliéndose al portal del mesón, que era espacioso y fresco, por el cual se paseaba Don Quijote, le preguntó:

—¿Adónde bueno camina vuesa merced, señor gentilhomme?

Y don Quijote le respondió:

—A una aldea que está aquí cerca, de donde soy natural. Y vuesa merced, ¿dónde camina?

—Yo, señor —respondió el caballero—, voy a Granada, que es mi patria.

—¡Y buena patria! —replicó Don Quijote—. Pero dígame vuesa merced, por cortesía, su nombre; porque me parece que me ha de importar saberlo más de lo que buenamente podré decir.

—Mi nombre es don Álvaro Tarfe —respondió el huésped.

—A lo que replicó Don Quijote:

—Sin duda alguna pienso que vuesa merced debe de ser aquel don Álvaro Tarfe que anda impreso en la segunda parte de la *Historia de Don Quijote de la Mancha*, recién impresa y dada a la luz del mundo por un autor moderno.

—El mismo soy —respondió el caballero—, y el tal Don Quijote, sujeto principal de la tal historia, fue grandísimo amigo mío, y yo fui el que le sacó de su tierra, o, a lo menos, le moví a que viniese a unas justas que se hacían en Zaragoza, adonde yo iba; y en verdad en verdad que le hice muchas amistades, y que le quité de que no le palmease las espaldas el verdugo, por ser demasiadamente atrevido.

—Y dígame vuesa merced, señor don Álvaro, ¿parezco yo en algo a ese tal Don Quijote que vuesa merced dice?

—No por cierto —respondió el huésped—: en ninguna manera.

—Y ese Don Quijote —dijo el nuestro—, ¿traía consigo a un escudero llamado Sancho Panza?

—Sí traía —respondió don Álvaro—; y aunque tenía fama de muy gracioso, nunca le oí decir gracia que la tuviese.

—Eso creo yo muy bien —dijo a esta sazón Sancho—, porque el decir gracias no es para todos, y ese Sancho que vuesa merced dice, señor gentilhomme, debe de ser algún grandísimo bellaco, frión y ladrón juntamente; que el verdadero Sancho Panza soy yo, que tengo más gracias que llovidas; y si no, haga vuesa merced la experiencia, y ándese tras de mí, por lo menos un año, y verá que se me caen a cada paso, y tales y tantas, que sin saber yo las más veces lo que me digo, hago reír a cuantos me escuchan, y el verdadero Don Quijote de la Mancha, el famoso, el valiente y el discreto, el enamorado, el desfacedor de agravios, el tutor de pupilos y huérfanos, el amparo de las viudas, el matador de las doncellas, el que tiene por única

señora a la sin par Dulcinea del Toboso, es este señor que está presente, que es mi amo; todo cualquier otro Don Quijote y cualquier otro Sancho Panza es burlería y cosa de sueño.

—¡Por Dios que lo creo —respondió don Álvaro—, porque más gracias habéis dicho vos, amigo, en cuatro razones que habéis hablado que el otro Sancho Panza en cuantas yo le oí hablar, que fueron muchas! Más tenía de comilón que de bien hablado, y más de tonto que de gracioso, y tengo por sin duda que los encantadores que persiguen a Don Quijote el bueno han querido perseguirme a mí con Don Quijote el malo. Pero no sé qué me diga; que osaré yo jurar que le dejo metido en la casa del Nuncio, en Toledo, para que le curen, y ahora remanece aquí otro Don Quijote, aunque bien diferente del mío.

—Yo —dijo Don Quijote— no sé si soy bueno; pero sé decir que no soy el malo; para prueba de lo cual quiero que sepa vuesa merced, mi señor don Álvaro Tarfe, que en todos los días de mi vida no he estado en Zaragoza; antes, por haberme dicho que ese Don Quijote fantástico se había hallado en las justas desa ciudad, no quise yo entrar en ella, por sacar a las barbas del mundo su mentira; y así, me pasé de claro a Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeritos, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza, única. Y aunque los sucesos que en ella me han sucedido no son de mucho gusto, sino de mucha pesadumbre, los llevo sin ella, sólo por haberla visto. Finalmente, señor don Álvaro Tarfe, yo soy Don Quijote de la Mancha, el mismo que dice la fama, y no ese desventurado que ha querido usurpar mi nombre y honrarse con mis pensamientos. A vuesa merced suplico, por lo que debe a ser caballero, sea servido de hacer una declaración, ante el alcalde deste lugar, de que vuesa merced no me ha visto en todos los días de su vida hasta ahora, y de que yo no soy el Don Quijote impreso en la segunda parte, ni este Sancho Panza mi escudero es aquel que vuesa merced conoció.

—Eso haré yo de muy buena gana —respondió don Álvaro—, puesto que cause admiración ver dos Don Quijotes y dos Sanchos a un mismo tiempo, tan conformes en los nombres como diferentes en las acciones; y vuelvo a decir y me afirmo que no he visto lo que he visto ni ha pasado por mí lo que ha pasado.

—Sin duda —dijo Sancho— que vuesa merced debe de estar encantado, como mi señora Dulcinea del Toboso, y pluguiera al cielo que estuviera su desencanto de vuesa merced en darme otros tres mil y tantos azotes, como me doy por ella; que yo me los diera sin interés alguno.

—No entiendo eso de azotes —dijo don Álvaro.

Y Sancho le respondió que era largo de contar; pero que él se lo contaría si acaso iban un mismo camino. Llegóse en esto la hora de comer; comieron juntos Don Quijote y don Álvaro. Entró acaso el alcalde del pueblo en el mesón, con un escribano, ante el cual alcalde pidió Don Quijote, por una petición, de que a su derecho convenía de que don Álvaro Tarfe, aquel caballero que allí estaba presente, declarase ante su merced cómo no conocía a Don Quijote de la Mancha, que asimismo estaba allí presente, y que no era aquel que andaba impreso en una historia intitulada *Segunda parte de Don Quijote de la Mancha*, compuesta por un tal de Avellaneda, natural de Tordesillas. Finalmente, el alcalde proveyó jurídicamente; la declaración se hizo con todas las fuerzas que en tales casos debían hacerse, con lo que quedaron Don Quijote y Sancho muy alegres, como si les importara mucho semejante declaración y no mostrar claro la diferencia de los dos Don Quijotes y la de los dos Sanchos sus obras y sus palabras. Muchas de cortesías y ofrecimientos pasaron entre don Álvaro y Don Quijote, en las cuales mostró el gran manchego su discreción, de modo que desengañó a don Álvaro Tarfe del error en que estaba; el cual se dio a entender que debía de estar encantado, pues tocaba con la mano dos tan contrarios Don Quijotes.”

Después de esta breve recordación en común de quién es Don Quijote —el de Cervantes— tendría sentido el ver quién es el Quijote de cada uno de nosotros.

Pero ello no nos es posible aquí. Cosa es que cada uno de ustedes —y así lo deseo— lea y relea su Quijote. Las ediciones asequibles abundan ya en nuestro mercado de libros. Dejen las eruditas y cansonas para después o para los pedantes que somos más o menos todos los que de la enseñanza hacemos profesión. Enfrentense a solas con el texto escueto. Algo se escapará, otro tanto quedará no muy claro (no en vano la lengua evoluciona por muy de Cervantes que sea la nuestra). Pero mucho quedará; lo esencial del Quijote suyo, compañero constante, lección de vida y de lenguaje — cosas ellas que a los hispanohablantes no nos vienen nunca mal.